

sexo: ¿privado o público?

La noche popular: paseos, riesgos, júbilos, necesidades orgánicas, tensiones, especies antiguas y recientes, descargas anímicas en forma de coreografías

Carlos Monsiváis

Somos los sueños recurrentes de la cama.

JAMES MERRILL

La luz del día ubica con dureza características individuales o colectivas la grotescidad, el mal gusto, las imperfecciones corporales, los grados del riesgo. Pero si el día exagera o es clasista o es catastrofista, la noche, más ecuánime, elimina los rasgos defectuosos, matiza las incongruencias, se desentiende de los peligros (ni modo de quedarse siempre en casa, que ésta no es convento o reclusorio), perdona a lo malhecho por Dios o por la falta de ejercicio, suaviza lo subalimentado o lo sobrealimentado, le añade pasos de rumba a la excitación. Todo, claro, a partir de cierta hora.

A la noche popular la ocupan los reacios a la seguridad extrema, la sociedad de consumo (sección *discotheques* burguesas) y la inspección detallada del vestuario ajeno. No todos los participantes carecen de poder adquisitivo, y hay hordas de clase media y se localizan algunos burgueses, pero el común denominador es la sensación constante de límites: "Ora regreso hasta la quincena próxima" y la ansiedad por agenciarse algo, lo que sea, de aquí a que se les acabe la juventud. (Y la juventud se les acaba cuando viene a menos la ambición de nunca dormir.) Antes, en épocas sin televisión y sin violencia a mitad de la esquina, la noche popular fue requisito —garantía de conciencia urbana y rito de pasaje generacional— de los jóvenes de recursos escasos; hoy es asunto de aquellos tan intrépidos como para anhelar *affairs* y con personas desconocidas, en los días en que la gente le tiene miedo a expe-

riencias con su propia pareja, no obstante los veinte o treinta años de casados o tal vez por eso.

Geopolítica del relajó y el deseo: la ciudad de México tendrá catorce o veinte millones de habitantes, pero sus ofertas extremas (¡Hartas sensaciones a bajo precio!) no van más allá de dos mil o tres mil cantinas, veintenas de cabarets, con y sin *table dance*, dos o tres sitios de *burlesque*, treinta o cuarenta lugares *gay*, una plaza mariachera... y la demanda de libertades y audacias antes impensables, o antes irrealizables por inconcebibles. A esta geografía del deseo y la avidéz podría llamársele nueva noche popular, fechándose su inicio en 1990 o 1991, no a pedido de nadie en rigor, sino a resultas de lo evidente: en comparación al de otras épocas, el público de la medianoche escasea, pero la malicia y el desparpajo extremo sustituyen con creces a la inocencia y la confianza. Nadie se perturba así nomás, ni se escandaliza ante su falta de reacciones escandalizadas. Los sobrevivientes del viaje hacia el fin de la noche quieren acción, y únicamente la cruda o el coraje de haber sido asaltados los conducen a la zona del arrepentimiento. Quién me manda desertar de mi tele.

El *show* a la antigua se acabó. Ni caso de salir del vientre materno para aburrirse con variantes del teatro frívolo, ellas y ellos allí, nosotros acá sentaditos. Por eso los empresarios acuden a la interacción o como se le diga a la participación vivísima de los asistentes. Quien no se desempeña en algún nivel se siente ante una televisión descompuesta. Las inhibiciones se desmoronan y el qué dirán queda a cargo de tiempos más felices, cuando uno creía importarle a los demás. Y las autoridades, al tanto de que prohibir es centuplicar la conducta censurada, o, versión menos benévola, al tanto de la rentabilidad de la corrupción, dejan que la gente se aproveche de ese espectáculo inconcebible, ellos mismos, más algún estímulo adicional.

Nuevas especies: el Sexo en Vivo

Ya para 1995, con forcejeos breves y desesperados, los *shows* de *Live Sex* le salen al paso a la devaluación del peso. ¡Sexo en Vivo! Lo que se veía en algunas orgías al alcance de cualquier pupila. En el Centro Histórico, a eso se dedican, por ejemplo, La Chaqueta, La Corneta, La Diabla, La Bruja, El Catorce, y el atractivo de esta modalidad es la intervención de los *amateurs*, más que dispuestos al encuere, ansiosos de divulgar el

axioma de fin de siglo: los secretos del cuerpo son más radicales que los del alma, porque para el alma existe a cualquier hora el perdón de los pecados, pero el cuerpo debe apresurarse si quiere que le sirvan los ejercicios y las dietas estrictas. Con el Sexo en Vivo se produce el traslado de atmósferas: lo privado se hace público; lo público, horas o minutos antes tan privado, se expresa en los directamente involucrados como jactancia, y en los demás como algo que disminuye su importancia nomás porque físicamente los excluye. El Sexo en Vivo en México no es, como en otras ciudades del mundo, un hecho turístico-comercial sino un proyecto turístico-comercial a cargo de la comunidad efímera que le imprime un carácter teatral, morboso y degradado pero espontáneo hasta cierto punto.

El Eje Central: la lumpenización del porvenir

En su mayoría, los antros en el Centro Histórico se ubican en las inmediaciones del Eje Central, en los tramos alguna vez llamados San Juan de Letrán, Aquiles Serdán, Santa María la Redonda. Antes, ese perímetro fue el recinto de pintoresquismo. Hoy es la apoteosis de lo irredimible: comerciantes ambulantes, puestos de comida tan peligrosa como la delincuencia, alcohólicos errabundos a los que se llama teporochos, grupos de jóvenes en pos de la gran hazaña: emborracharse sin dinero. Al alcance de su bolsillo todo lo que a usted le horroriza. Que su miedo adquisitivo evalúe videocassetes y cassetes piratas, saldos de ropa, montañas de calcetines y camisetas, perfumes y desodorantes, compact-discs, suéters anteriores a cualquier diseño de ropa, ofertas de temporadas lejanísimas... Y ese aire de vencidos que todo lo devora, de seres que hasta aquí llegaron, de vendedores y clientes intercambiables (uno vende lo que no quisiera poseer, otro compra lo que le disgusta).

El Catorce

Ventajas y desventajas del ahora
Bailas por antojo que al mancebo engríe;...
SALVADOR DÍAZ MIRÓN

El fin del siglo incluye, por si alguien solicita motivos para la lluvia de fuego que arrase a los pecadores, la proliferación de sitios *gay*, enfren-

tados antes del uso del término a las razzias continuas y a la licencia revocada y renegociada cada tres meses. Pero, como de soslayo, la ciudad admite la existencia numerosa de otra minoría, y en la calle de Ecuador, donde estuvieron unos baños públicos de reputación no necesariamente higiénica, y donde aún se intuye el Comala espectral de toallas y jabones, está El Catorce, o Las Adelitas, un cobertizo de la permisividad reciente, capaz de atraer profusamente a señores de mirada de *scanner*, mujeres que por razones laborales no se dan el lujo de elegir a sus amantes (léase putas), parejas que al salir del clóset abandonaron carácter ambiguo, curiosos, periodistas en pos del gran reportaje de lo marginal, estudiantes de la UNAM inmersos en la tesis impactante y un contingente apreciable de jóvenes de aspecto aguerrido. ¿Por qué no? El reparto es inevitable, porque cuando lo prohibido deja de serlo se vuelve durante un tiempo lo irrefrenable. Venga a ver cómo venimos a divertirnos con lo que no imaginábamos. Venga a ver cómo nos vemos a nosotros mismos cuando ampliamos nuestro criterio. La moda impulsa la tolerancia, aunque la tolerancia no está de moda.

El Catorce es un galpón que, sin proponérselo, recrea un cabaret de los años cuarenta (versión de película mexicana empobrecida), con sus esquinas y escondrijos y zonas de luz tan tenue que ahonda la oscuridad. No hay *cover*. La cerveza a sesenta centavos de dólar. En la entrada unas mesas, reproducciones del Archivo Casasola, Pancho Villa con su esposa doña Luz Corral, un bar, un juego mecánico, algún poster de un fenómeno de la genitalia (nada más lujurioso que la cercanía de un récord mundial)... Y ya entrando en materia, se despliega un híbrido de discotheque y cabaret, con un espacio que se comprime los fines de semana, cuando oscila entre quinientos y mil *habitués*.

En El Catorce se apretujan las personas suficientes como para dar idea de la imposibilidad de moverse. La gran mayoría son jóvenes, y —si el aspecto es confesión laboral— de ellos la mitad por lo menos son soldados, o albañiles o mecánicos. Unas cuantas mujeres se mueven y festejan con risas su insólita condición minoritaria. En la pista cuarenta o cincuenta parejas apenas si se observan de reojo entre música *techno*, ballenatos, cumbias, merengues, redovas, salsa, trópico para qué les diste los reflejos condicionados del ardor. No hay tensión en la atmósfera, tal vez porque el ligue ya no causa tensiones, si alguien dice sí o dice no da igual, son billones los que, de seguro, hacen sexo en este preciso instante, y son tantos quienes no lo hacen y

piensan golosamente en ello, que el ligue extravía su dimensión cabalística y se incorpora a ese campo no reconocido de lo afrodisíaco: las estadísticas. (“Nomás de saber que tantos lo hacen, me excito”).

Al irse alejando el Súper Yo de la censura, los asistentes se atreven a lo que en su pueblo natal o en casa de sus padres les amedrentaría en las conversaciones, fajan, bailan como no reconociéndose a sí mismos, y ya no les inmuta la crisis moral de la mañana siguiente. Aquí en un cabaret, se viene a lo que se viene. Sí, recompongo la frase. También, los cabarets, antiguos templos de la religión del ligue, se han secularizado, y si ligar ya no es un acto devocional como cuando se hacía de “la Salida Nocturna” la gran recompensa psíquica, sí es empresa que exige, y cada vez más, reflexiones mercadotécnicas y talleres de sexología. Aunque los presentes no lo tomen deliberadamente en cuenta, el sida es el paréntesis entre el deseo y su realización, entre el disfrute de las libertades y el pago por anticipado de su ejercicio. Sí, júrenlo, al sentimiento judeo-cristiano de culpa lo sustituye el espasmo de terror ante el olvido de los condones.

Cuando la gana llega la gana gana, pero a la incontinencia fornicatoria la controla o modula en muy buena medida el temor a las consecuencias. ¿Quién lo hubiera pensado? Entre el deleite y su ejecución un detallito de precaución. Con noticias puntuales o sin ellas, el sida ha ido asumiendo las funciones de censor estricto, el responsable de la teatralización del sexo o del arrepentimiento medroso al día siguiente. Sin condón, no vale nada la vida, la vida no vale nada. El signo de frustración clásico, el voyeurismo, es hoy el balcón del sexo seguro. ¡Santa exhibición de las inhibiciones! En lugar del jolgorio del pecado, los vagabundeos del virus. Qué tema tan poco cabaretero y divertido. Si el cliente es sensato, modificará la letra del bolero: “Yo sé que soy, / una aventura menos para ti”. Si no, se lanzará al abismo porque ya lo habita, no tomo precauciones porque a quién le importa mi vida, no me cuida porque de algo se tiene uno que morir, el sexo es como la ruleta rusa... ¿Y qué tan enterados están los bucaneros de esta noche de las contingencias de “la enfermedad del siglo”? ¿Leerán las noticias sobre inhibidores de proteasa, protocolos, dietas? ¿O el valor irresponsable los inmuniza y los protege de la información? ¡Oh dioses! Volverán las oscuras golondrinas... pero la época feliz o desprevenida cuando el látex no era el velo del mundo, esa, no volverá. Si el sexo es un riesgo, el sida desexualiza el morbo.

Nueva especie: Los Chacales

Desde el ingreso al antro, la palabra no deja de oírse: “¡Viste aquel chacal? ¡Qué chacalazo!) ¿Y qué es un chacal y de dónde proviene la comparación zoológica? En la jerga de los entendidos, el chacal es el joven proletario de aspecto indígena o recién mestizo, ya descrito históricamente como Raza de Bronce, y rebautizado por la onomatopeya del sarcasmo: Raza de Bronce Clang! Clang! Si se quiere un resumen, el chacal es la sensualidad proletaria, el gesto que los expertos en complacencias no descifran, el cuerpo que proviene del gimnasio de la vida, del trabajo duro, de las polvaredas del fútbol amateur (o “llanero”), de las caminatas exhaustivas, del correr por horas entonando gritos bélicos, del avanzar a rastras en la lluvia para sorprender al enemigo que algún día se apersonará. Y es la friega cotidiana y no el afán estético lo que decide la esbeltez.

El chacal tiene por hábito, o eso dan a entender, sentirse ampliado, deseado así nadie lo contemple. Tan es así que en sus recorridos por el salón va incorporando el deseo ajeno a sus movimientos, se detiene para atesorar envíos lascivos, camina como requerido de más espacio para acomodar junto a su cuerpo las apetencias que desata. Eso pasa en las sociedades racistas: en diversos sectores, lo admitan o no, el prestigio sexual de lo nativo se acrecienta, porque es una rareza que sean mayoría o porque son como uno pero sin dinero. El chacal no mira para no regalar su mirada, pero se deja mirar para ascender en su autoestima.

Llevó tiempo admitir la deseabilidad de los chacales, demanda en un principio de los aristocratizantes en pos del Buen Salvaje, del contraste de clases y el erotismo del *slumming*. Durante más de medio siglo, el proletario (el naco) atractivo fue pieza rara de la cacería sexual. Pero la publicidad aprovechó las aportaciones del deporte, el culto al fútbol, el ejercicio obligatorio, y los códigos del atractivo masculino se filtraron por doquier, y le tocó el turno a los proletarios de apropiarse de la estética del reclamo sexual, las camisetas entalladas, los jeans ajustados y convenientemente rotos, las gorras de beisbol, el perfeccionamiento de la mirada hostil o indiferente que sin embargo invita. Decenas de miles de chavos de colonias populares y de zonas campesinas hicieron suyo el lema erótico de todos los tiempos: “El que no enseña no vende”, y a partir de allí surge la figura del chacal, de ningún modo el prostituido, en modo alguno el inaccesible. Sin decirlo, se acredita una alternativa al modelo grecolatino, que consigue un público muy nutrido, al que no

intimidan las prevenciones, y que no se inmuta ni cuando al ver a un chacal tiene el presentimiento de algo fatal. Sí, ya sabe el audaz que si uno le entra a la mezcla de clases sociales, es *At His Own Risk*. ¿Pero quién niega la existencia del machismo de las víctimas?

El Catorce

“¿Nomás eso trajiste para que se te viera?”
De pronto el río de la calle se puebla de sedientos seres...

XAVIER VILLAURRUTIA

Son las dos y media de la mañana, se despeja la pista, y se quedan allí tres muchachas con perfil de prostitutas, es decir, con envíos de abulia al torbellino sexual que las rodea. Están allí como si se aburrieran en otro lado y eso es parte de su destreza. El maestro de ceremonias lúbricas invita a hacerles compañía y casi por generación espontánea se apersonan cuatro chacales. A lo que te truje, se cancela cualquier tentación del *strip-tease* y, SHAZAM!, en unos segundos ya están como Dios los trajo o los sustrajo al mundo. Así está bien. La Entrega Inmediata es más propia del fin de siglo.

Sin atender el daño irreparable a los egos de los espontáneos, la concurrencia aprueba o desaprueba los ofrecimientos genitales, y no se acuerda de que con la vara que mides serás medido. Ocasionalmente hay aplausos y premios guturales, pero lo prevaeciente es el choteo:

¿Con eso piensas conquistar el mundo?

¡Ese nació para decepcionar!

¡No está, salió a comer!

¡Llegaste tarde al reparto! Quién te manda.

Yo que tú me quejaba con Dios.

¡Y eso que anda de buenas!

¡Vitámínate!

Los nudistas no acusan recibo de las heridas mortales a su presunción. Es trepidante el repertorio de frases del animador. La consentida por el público es la que anuncia el sexo en vivo:

—¡Y llegó el lechero!

El reacomodo de sillas anuncia la disposición teatral y el ingenio porno.

—¡Pasen a lavar cazuela!

Las jóvenes prostitutas se mueven en la pista, con el sopor de la rutina. Poco a poco los jóvenes se desinhiben. El maestro de ceremonias coopera.

—Y ella quiere un hombre, y ella quiere dos.

Ya desnuda por entero, la joven se pasea de un lado a otro y no la obstaculiza prejuicio alguno sobre la celulitis. El animador la persigue con un grito que es un homenaje floral.

—¡CA-SHON-DA!!

—Y la Cashonda quiere un hombre.

Con maestría, las chavas les enfunden a sus galanes de ocasión los respectivos condones, y luego, acceden por un instante a la *fellatio* o se zambullen en el faje, ese antiguo dato privado que, por así decirlo, al salir a la luz se marchita. El faje es goloso pero calmado, si tal cosa es posible, si es concebible un relámpago sin apuros, y luego de forcejeos y encimamientos brevísimos, se procede a la copulación. “¿Dónde quedó la intimidad?”, me pregunto un tanto retóricamente mientras los jóvenes fornican, tal y como establecen las reglas del “órale que hay chance”, y tal y como dictamina la ambición metódica de pasarla bien precipitándose en el orgasmo, esa muerte diminuta que se expande en el sueño.

Si su origen es moralista, el visitante de Las Adelitas se estremece a cuerpo tendido, ¿pero qué moralista descendería nueve o cincuenta círculos infernales para desbaratarse de horror ante el pecado, o quién, luego de tres minutos en el sitio, expulsaría a los mercaderes del congal? Por lo pronto, nadie abandona la Cueva de las Abominaciones, ni se aturde visiblemente con el Sexo en Vivo. En el cine o frente a la videocasetera sería distinto, porque la pornografía es ya un dispositivo anti-utópico, con esos cuerpazos por qué mejor no le quitan la mala fama al Vicio Solitario, para qué inyectan el deseo en cuerpos que no se lo merecen. Tal vez por eso no es muy adecuado hablar de *shows* pornográficos. En una videocasetera o en una revista, la pornografía sugiere y ordena; en la realidad, el Sexo en Vivo, si no forzosamente desexualiza, sí aleja de las obligaciones compulsivas. Y es tal el efecto retardado de la censura que ver a una pareja en pleno motín genital parece un acto de pornografía virtual.

Las malas noticias: la pérdida de la Noche

Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera
Y el grito de la estatua desdoblado la esquina...

XAVIER VILLAURRUTIA

A la Noche, en el vocabulario urbano, se le ha definido como el ámbito del tiempo a la disposición del azar y la diversión. La Noche, hasta hace unos años, era lo ilimitado, el trazo de las formas que desembocan en la sensación de plenitud heterodoxa. Quien se "perdía en la noche" quebrantaba la rutina, engañaba a lo previsible, y por eso hacía buen uso del espacio nocturno el que al despertar a media mañana se preguntaba "¿De quién es este departamento?, ya convencido de haber arruinado su porvenir. "La noche de anoche, qué noche la de anoche".

Ya no más. La violencia urbana y la delincuencia le han puesto sitio a la Noche, y salir, así sea en la zona de la seguridad, es arriesgarse a despertar a media mañana preguntándose: "¿En qué hospital estoy?" Encerrados a siete llaves y cuatro sistemas de alarma en sus hogares, los perdedores de la Noche la mitifican y la satanizan alternativamente. "Era una pérdida de tiempo/ Sí, pero era la mejor pérdida de tiempo". Y nada ha sustituido a la Noche, porque fue la zona por excelencia del riesgo voluntario, del placer de lo desconocido. Y su epitafio es la televisión prendida hasta el amanecer.

El Catorce

A batallas de amor, campos de látex

¡La presa viva! ¡el pico ensangrentado!
¡el ala pronta! ¡el ímpetu del vuelo!
Y un delirar de cumbres y centellas...

PORFIRIO BARBA JACOB

Quien fornicaba delante de una multitud distribuye noticias detalladas de su técnica más personal y renuncia para siempre al misterio, a esos enigmas de lo íntimo que dependían del testimonio siempre parcial de una sola persona. Eso fue hace un muy buen rato, cuando uno le cedía a los demás el privilegio de revelar la intimidad. Nunca más. Si es mi intimidad me toca divulgarla. Antes del Sexo en Vivo, supongo, en el tiempo en que el proclamador de sus técnicas amoratorias le vendía el alma al diablo, la inhibición habría causado estragos a campo o cabaret

abierto, y con risas habría culminado el vano esfuerzo de excitarse ante los demás. Pero el fin de lo privado concentra la energía y los jóvenes coitadores se sumergen en el olvido del mundo, porque en la megalópolis es paisaje remoto todo lo que no sea la pareja o la familia o el grupo de los cuates. Claro, es complicado eso de hacerlo en una pista de baile, ¿pero qué no habrán visto aquellos de los presentes que duermen en cuartos junto a ocho o diez personas, qué no sabrán del ruiderío tan triste de los cuerpos vecinos cuando se aman? En el orbe de las paredes frágiles, el sonido simultáneo de las acometidas sexuales se divide en partes iguales. Para los pobres el fin de lo privado se inició desde siempre, y nunca nadie, en la aglomeración de los cuartuchos, dijo en serio: "Que se cierre esa puerta que no me deja estar a solas con tus besos".

En El Catorce los soldados, o que así se dejan ver, no piensan en lo que les rodea, porque en su tradición lo que les rodea nunca se ha detenido a pensar en ellos. Vinieron a soltar vapor y agarrar lo que se pueda, si "lo que se pueda" les admite los apretujones. Se entregan al ritmo, al frenesí, al disfrute de la amistad calenturienta, a la ansiedad de darle su chance a la libido. No se consideran *gays*, se le irían a golpes a quien eso pensara de ellos. Tan sólo obedecen al instinto para no convertirse en estatua de sal.

Aquí en la pista se coge furiosamente y a mí qué, es asunto suyo, un coito es igual a otro, imagínense los que habrá en China en este mismo minuto, y por eso los asistentes, si se dignan hacerlo, no le dedican ni un segundo de expresiones de alegría salvaje a los fornicadores, más bien los considerarán parte de documental a lo The National Geographic Magazine o Discovery Channel. La permisividad se desborda en el hartazgo y, para quien no es protagonista, el más feroz de los actos sexuales le resulta un episodio de la vida burocrática en Borneo. El mensaje es inequívoco: acontecimiento sexual que me excluye es un hecho sermoneo y fastidioso.

Aquí las parejas son homo y bi, con algo de hetero, todo conforme al Código Napoleónico y sus variantes, que no especifican el sexo de los acompañantes en la pista. La gran mayoría es *gay*, lo que modifica la mecánica del deseo insatisfecho, al añadirle la costumbre de las penumbras. Por lo demás, aquí se baila lo de moda hace unos meses en las discos del Pedregal, y se le agregan incluso anacronismos gustadísimos como "La Macarena", ese adocenamiento pop del flamenco que

hace tiempo arrasó, y como “No rompas mi corazón”, con Caballo Dorado, esa vuelta a las cuadrillas. ¡Ah! La música tecnoindustrial robotiza los movimientos y moderniza el alma. ¡Ah! El auge de las discotecas del pópulo se explica: son la continuidad de los dancings, sin tecnología que quiera asombrar a los que pagarán cuentas descomunales en las discos burguesas.

No es la pobreza, o no es únicamente la pobreza, lo que se opone a la uniformidad que rige el planeta. El ánimo forjado en el hacinamiento y la falta histórica de oportunidades le infunde a los jóvenes la voluntad de convertir el baile incesante en estilo de vida, algo más que destreza y bastante más que el empleo del tiempo libre. No se vive para bailar, se baila para vivir lo de otra manera jamás obtenible: la sensación de lo contemporáneo, ese fervor psicotecnológico que le infunde fuego a la pista.

Nueva especie: el stripper

¿Qué fue primero: el gimnasio o el *stripper*, el *gym* o el joven que se afana por hallarle las dimensiones laborales al narcisismo? Sin bíceps, tríceps y pectorales ni cómo alquilar imagen a la concupiscencia. El *stripper*, especie con no más de diez años de implantación, cumple los requisitos: aspecto agradable o pasaderito, ejercicios que se noten, energía coreográfica (nunca lo mismo que destreza), mínima sensualidad en el veloz desprendimiento de la ropa y —para no contrariar y no alborozar— el permiso para toqueteos fugaces a sugerencia del animador.

—Dénle una probadita, pero no se me estacionen.

El *stripper* puede o no ser *gay*. Sí, obligadamente, es flor de la fábrica de cuerpos deseables, el gimnasio. Con ventajas priápicas (a veces) y redondeado a golpes de pesas el *stripper* busca que su desnudez le resulte muy ofensiva a sus espectadoras y espectadores: “¿Por qué estas pulgas nunca brincan en mi petate? Nomás de acordarme de lo que me ha tocado en suerte”. (Nada atrae tanto como los cuerpos que insultan por comparación.) Y como todas las nuevas especies el *stripper* ha ido de más a menos. Cuando empezaron, eran pocos y a todos se les aplaudía. Se inauguraban los Chippendeleís y cualquier *stripper* ocasionaba desvaríos. Luego, el ritmo de crecimiento de gimnasios y criterios amplios

prodigó forzudos e hizo del volverse *sex symbol* el capital de inicio de toda conquista del mundo. "Si te traen ganas en privado es como si nadie se fijara en ti. Tienes que ser públicamente apetecible", fue el mensaje que recorrió esos vestíbulos de la experiencia que son las conversaciones casuales. Además de la paga, que de algo sirve, la gran ventaja del desnudo masculino a granel es la reelaboración del deseo, tal y como lo señalan obras de teatro, películas, programas de televisión, artículos... El cuerpo, cada vez más, de acuerdo a los criterios en boga, ya no sólo es el espejo del alma, es el alma misma.

Hay riesgos. Lo propio de todo espectáculo reiterado es la conversión de los espectadores en jueces. (Si Lady Godiva pasea a diario como Dios la trajo al planeta, los pueblerinos que se habían negado a verla reaparecen como jurados implacables). No importa. En los *strippers* se equipara la desnudez total con la disponibilidad. Así no pase nada, quien se quita la ropa simboliza el *quickie*, el rapidito, el orita regreso, el "eso y un vaso de agua no se le niega a nadie". Y ese salto de lo encubierto a lo adquirible, alegra a la nueva generación de tarzanes en la selva de cemento.

El Catorce

Permiso para un leve sobresalto

Ya desnudo por entero, el *stripper* se desplaza con vitalidad aeróbica al ritmo de Proyecto Uno y su rola "El tiburón": No pares, sigue, sigue/ No pares, sigue sigue. ¡Ay qué ganas tiene Onán de compañía! Puede que no la pase mal solo, pero no tiene a quién comentarle sus talentos. En las canciones retorna el apremio sexual, en obediencia a la nueva mayoría, adversaria de las ambigüedades, y convencida de que a la hora del acueste o del baile, la música es el gran acicate, el mánager de la pelea que es la vida. Y las letras son —cómo no afirmarlo— técnica y filosofía:

Un poquito más suave,
Un poquito más suave,
Un poquito más duro,
Un poquito más duro,
Un poquito más duro.

El *stripper* insiste en su ronda calisténica, y dos muchachas y un joven le besan el sexo, así, a la carrera, en acto fetichista que al vislumbrar el coito lo da por realizado. Los simulacros de *fellatio* son la combinación perfecta de audacia, adquisición de un amuleto gestual, jubilación de las inhibiciones ancestrales, y —en caso de los muy enterados y perversos— ensayo de la pieza Anteo y la Tierra. El *stripper* se ve un tanto aburrido, quizás se le antojaría un antro de más clase, los hay donde posan de estatuas helénicas en dorado, o en donde dialogan con los asistentes, o en donde se les desea a la antigua, es decir con la supresión educada del jadeo.

Masificación de una especie: los travestis

Este que ves, engaño colorido...
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Si algo manejan con destreza los travestis es su versión de una veta esencial de las mujeres: el triunfo en el espectáculo. La meta, se dice, ya no es el ejercicio del dolor y la ternura, o la maternidad ilimitada. Hoy, la mujer más mujer es la que atrae más reflectores, la que no tiene tiempo de estar en la cocina porque ocupa el proscenio. En contra de las suposiciones habituales, los travestis no imitan a la Mujer, esa criatura que desde Eva busca su espacio propio, sino a la Mujer de Exito, categoría distinta, sujeta a las más encomiásticas parodias, creaciones y recreaciones. Canta el coro de *La Cage aux Folles* (comedia musical): "We are what we are, and what we are is an illusion". Sí, pero en el orbe de la apariencia engañosa la ilusión no es la femineidad a secas, sino la fantasía básica del género en desventaja, la hembra que arroba a la competencia, y durante unos minutos obtiene la suspensión de la incredulidad del público, que vislumbra, esta vez accesible, al objeto de su idolatría. De lo femenino, el travesti elige a la victoriosa minoría que, en la cumbre, se salva del destino de las mujeres.

Desde los años ochenta, en todas partes, se han masificado los travestis. Se dejan ver en la televisión, en las calles prostituyéndose, en las calles divirtiéndose, en los *shows* de hoteles, discotecas y cabarets. Y ante tal profusión, la duda se entromete: ¿no será el travestismo de clases populares, por lo demás casi el único que existe, un método de aproximación indirecta a la fama? Hoy, en el corazón de los humanos

la nueva meta es el Libro de Records Guinness (“Creémelo, soy la persona más humilde y modesta de la tierra”), y ser famoso es la ambición universal, y los travestis, en su parodia de las celebridades, actúan el raptó anímico de la fama: “me apoderaré del alma de la celebridad durante cinco minutos”.

No siempre ha sido así. En un tiempo, se divinizaron los estilos, y esto explica las imitaciones de Bette Davis o Joan Crawford o Marilyn Monroe. Luego, al ya permitirse el *show* travesti en México, se produjo el apego a las divas internacionales, Donna Summers o Madonna o Grace Jones. Eso también cedió el paso a lo nacional en su formato televisivo, no únicamente las cantantes de ranchero Lola Beltrán y Lucha Villa, de voz subyugante y de guardarropa típico que invita al modelaje, sino —la pantalla chica es la fuente de los tres deseos— el escaparate de la actualidad, los ídolos en serie: Mónica Naranjo, Ana Gabriel, Yuri, Thalía, Fey, la martirizada Selena. Suplantar o recrear a la hispana Mónica Naranjo, por ejemplo, es trasladarse a la Movida madrileña sin moverse del sitio, es apoderarse de los movimientos de las mujeres libres.

¿Qué pasa con los travestis? No son, se afirma, ni siquiera el uno por ciento de la gente *gay*, tal vez el .0005 por ciento, pero son lo más llamativo y la parte que el prejuicio identifica por el todo. Son sí, los que peor la han pasado y la pasan, y para llegar a la mínima aceptación debieron renunciar a cualquier identidad personal. Son la apropiación constante de lo que no son, son la actuación incesante, el interpretar lo femenino con ironía reverente o respeto sarcástico, el estudio científico del maquillaje, la supremacía en el bordado, el depositar las revelaciones del sueño en los vestidos, los zapatos de tacón alto, los postizos, la observación a la vez exacta y satírica de voces y andares y miradas y manierismos que desean expropiarles a las mujeres.

Y detrás de cada escenificación, del fasto y el delirio en las noches de las discos, están las historias personales, marcadas por humillaciones y golpes y vergüenzas familiares y acentuación de la diferencia por la marginalidad de toda índole. El travesti se arriesga en demasía, son legión los asesinados y torturados y golpeados. A ellos se les dedica el torrente de burlas y menosprecio, y para sobrevivir deben asumir a fondo la visión degradada que se les impone. “Me digo de todo para que ya no me digan nada”. Esto desemboca en las borracheras, la droga, la aplicación suicida de silicones, el espectáculo patético que suelen dar “porque eso se espera de nosotros”. Pero la madre llorosa, el padre

colérico, la familia demudada, el cuartucho, todo lo vivido se disipa al anunciar el maestro de ceremonias: "Y con ustedes la sensualidad hecha mujer..."

El Catorce

La clientela: qué antiguo lo de ayer

El travesti interpreta a Lucha Villa y es tan perfecto en su femineidad que ni siquiera usa *play back*. Al principio, me creo en presencia de una mujer que sólo así encontró trabajo. Víctor Victoria. Al fin y al cabo, el aire travesti es fácil de obtener, basta con ser femenina a la antigua —"enérgicamente lánguida" se habría dicho otrora— y luego imaginarse a una señora de sociedad que le da por imitar a artistas de moda. Afino mi hipótesis: es un travesti que por estrategia laboral se hace pasar por mujer que se traviste. Víctor, Victoria, Víctor. Atiendo a otra hipótesis alucinada: ¿no será un delincuente heterosexual que, en su huida de la justicia, se hace pasar por lesbiana que se traviste para disimular sus inclinaciones? Me detengo al borde del extravío de las identificaciones, y reconozco lo convincente de la voz, cualquiera que sea su origen.

Las canciones son identificación comunitaria al galope. El público las corea, sin errores, y uno se pregunta: ¿a qué horas se aprenden todo esto? ¿Les habrán implantado en el cerebro el chip del *Hit Parade* nativo de todas las épocas? Pregúntenle al que sea por una canción, y les dará la ficha discográfica, y si le apuran, el mes y el año de la grabación. No hay duda: la noche popular es memoriosa. E ingeniosa. La joven que dice ser estudiante de Economía, y viene con amigos y amigas de Ciencias Químicas, se solidariza con la canción de Lucha Villa tan insondablemente repetitiva ("¿Para qué, para qué, para qué, para qué llorar?"), y modifica la letra, afinando su obscenidad: "Tú,/ me la vas a hundir/ Te lo juro por mi madre/ me la vas a hundir/... Tú crees que soy cobarde/ me la vas a hundir./ Te apuesto lo que quieras/ que tú a mí me la hundes", y se ríe como haciendo que se ruboricen sus maestras de secundaria.

A El Catorce, o a rincones semejantes, una vez depositadas las novias, o una vez extenuado el apetito de lo chic, llegan algunos *yuppies* de sociedad. En otro tiempo el smoking fue indispensable, pero la vio-

lencia urbana no admite presunciones y se resignan a la chamarra de no tan buen ver y a la disposición al ligue, esa señal de la intrepidez de madrugada. ¡Qué curioso! Lo privado no está en vías de extinción, al contrario, y véanse las fortunas hechas expropiando lo que era de todos, pero en lo tocante a los sentimientos, lo privado ha perdido terreno, y lo sigue perdiendo. La pareja de la mesa de junto no deja afirmarle en voz muy alta a su compañero que vienen a El Catorce porque si no ni hablar de estímulos sexuales para más tarde. "Date cuenta, ¿ves? A él le gustan los chavos, y sólo cuando de plano comprueba que le pueden hacer caso se fija en mí. Y algo pasa, porque si viene conmigo no le hacen caso y nos sacamos de onda los dos". Y qué importa la sociedad, si ahora las murmuraciones nada más se dan a la hora de los comerciales, y entre idas a la cocina. ¿No se han fijado que los grandes chismes florecen lejos de los aparatos encendidos?

Nueva especie: el Güigüi

...Un espejuelo de melosas luces
ENRIQUE MOLINA

A la calle la anima ritualmente la actividad de los dos jóvenes. Están siempre al acecho, encomenderos de la belleza ajena, celestinas del sexo industrial. Son los güigüis, otra de las nuevas tribus de la noche, los publirrelacionistas más aforísticos del rumbo, los psicoanalistas instantáneos que adivinan al ganoso tras la fachada del solemne, al indeciso que se oculta en el paso del distraído, al curioso que le dobla la mano al indeciso. Para que el paseante termine siendo cliente, su oferta es conminatoria: éntrenle, porque si no se pierden lo mero bueno. ¿Y qué es lo mero bueno? Si usted no lo sabe a esta edad ya nunca lo sabrá.

—Abierto, caballero. Va a empezar la variedad.

—Pásele, pásele, va a estar de lujo, y si no le piache le devolvemos el orgasmo.

—No le saque, no tenga miedo, no se lo va a comer el hoyo negro.

—Aquí todo al gusto del cliente. Usted manda, mi estimado.

—Güeras a pasto, nunca se han juntado tantas güeras. Y ni una oxigenada.

—Tanga *show*, mi amigo, Topless y tangas, ¿qué más se le antoja?

—Llévese a una chica, también puede llevarse a la cajera.

El güügüi hace honor a su nombre (la palabra viene de gua-gua-guá, el coloquialismo que designa la acción de hablar en demasía), se acerca a los automóviles, ronda las esquinas, distribuye volantes. En los fosos urbanos es el encantador de serpientes, que le ofrece a la falta de curiosidad un rostro de insistencia, y les entrega a escépticos y ansiosos el menú de los paraísos de unas horas. Publicista móvil y noctívago, va creando el espectáculo horas antes del arribo del cliente. Al avisar de la carnalidad inminente, el güügüi, y por así decirlo, ya arrojó al piso casi todas las prendas de vestir de sus objetos del pregón, horas antes del *show*.

El table dance: "A gusto del cliente"

Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos
que nos depara en vano su carne una mujer.
PORFIRIO BARBA JACOB

En 1991 aparecen los lugares de *table dance*. El objetivo: enfrentar sin dilación a los clientes con los hechizos frontales de las hetairas del amanecer. (Nótese en esta retórica el tributo a la censura.) El *table dance* resulta una idea visual y táctil cuyo tiempo ha llegado, y de la Zona Rosa, y sus compromisos turísticos, transita a demasiados sitios en el DF y en las regiones. Allí se encuentra, triste es decirlo, con la persecución implacable de los alcaldes del Partido Acción Nacional, que no soportan la idea de mujeres desnudas, de hombres lúbricos, de padres de familia insomnes. En Monterrey, Guadalajara, Mérida, los alcaldes panistas cierran lugares, acosan a los propietarios, amonestan a la sociedad... y son derrotados paulatinamente. El *table dance* es horrible, mis señoras, pero si hay quien se proponga frecuentarlo, a la mejor echa mano del argumento de su mayoría de edad.

En la capital, el asunto es más fácil o menos enredado. ¡Ah, feligresías del Caballo de Hierro, el Florencia, el Keops, el Evento, el Quid, el Olímpico, el Follies Bergere, el Cadillac, el Baccará, el Manolo, el Rey!... Aquí al Keops por ejemplo se llega tarde, bien servido, iluminado como se decía antes, y las chavas, solícitas, complementan el extravío. Se esparce la pura tanga o el desnudo total, la onda bichi, andar como Dios nos trajo a ese gran *table dance* del mundo.

Aislado, el cuarentón fija la mirada con tenacidad incomparable. Como todos, es criatura de las apetencias devoradoras, pero la falta de control social acrecienta la sinceridad de su semblante. La apetencia no

nada más lo regocija, también lo vivifica. En el mundo post-freudiano el hambre sexual no engendra complejos, sino, más bien, crea vínculos amistosos con las frustraciones. Quién quita y los traumas son la única familia absolutamente leal que nos queda.

¿Cuál es el cambio más significativo? Bueno, de la represión anterior a las libertades queda poco, y lo actual es el miedo físico a ejercer las libertades. La *table-dancer* se desempeña con ardor mecánico ante el cliente, al que suele negársele el derecho al manoseo sistemático, lo que tratándose de premuras sexuales equivale a cancelarle al ahorcado el derecho al pataleo. Pero también no es lo mismo aferrarse a un cuerpo para que nos aparten de inmediato, a pagar por un *table dance* privado. Eso es romper las reglas del juego, renunciar a los placeres del robo y la audacia. El *table dance* no sirve si no implica almacenar los deseos. Las reglas de juego donde dan lo mismo el voyeurismo y el apresuramiento carnal (ver sin tocar, tocar sin profundizar en el recorrido de la piel, privar a las manos del derecho artístico a las esculturas del cachondeo), hacen del *table dance* la moda festiva de los condenados a repetir para siempre los gestos del apetito reprimido.

Los dos señores con facha de burócratas, nulifican su cansancio y se alegran paulatinamente. “¡Qué bien está esa chava!”, dicen casi al unísono señalando a dos bailarinas. *Oh My God!* Ambos, así como los ven, están más que convencidos de su *sex-appeal*, o eso se desprende de su repentina necesidad de galanura. Por la vereda que se estremece, / al ritmo de su cartera. La chava nomás vestida de su arrojo se trepa a la mesa. Lo que se vea que suene. A dilatar pupilas. Aquí nada de Gypsy Rose Lee, y si hay un *Let me Entertain You*, será directo, organizacional como murmuran los animadísimos burócratas, que ya creen alojar entre sus brazos al génesis femenino. Los atributos al alcance de la vista y del tacto y el paladar. Evoco el lunch time de los bares de Tijuana y Ciudad Juárez en los años sesenta, esos mediodías cuando los clientes emprendían la frecuentación gastronómica del sexo femenino. ¡Lunch Time! A darle que es mole de olla.

En la noche popular, un sitio de *table dance* es, en *stricto sensu*, un lanzadero de manos. Los burócratas se deslumbran, no porque en su código el acercamiento sea lo de más o el faje importe tanto como las vibraciones del banquete inminente, sino por lo irrepitable del agasajo a mil por hora que en algo neutraliza de lunes a viernes la travesía del tedio y la resignación. *Oh My God!*

"No jale que nos cobija"

La nueva noche popular se extiende al amparo de los abismos de la economía y del desempleo, y en su rijosidad y su exhibicionismo y su inermidad, mantiene un rasgo esencial de la capital: la conversión del desamparo en alucinación, lo que trasciende a sitios de mala muerte, medios gangsteriles, abusos y estafas, y va más allá de las urgencias de espacio de las minorías. En provecho de quienes así lo soliciten, una ciudad de estas proporciones requiere del relajo como gran idioma público de la sobrevivencia. Al disminuir la vida nocturna, la ciudad renuncia a su moralismo persecutorio, no es rentable, ya se le olvidó, si le hace caso se queda hablando sola. La ciudad es tolerante con tal de que la dejen ser indiferente, y es indiferente para que no le recuerden que se volvió demasiado tolerante...

Y todo esto, ya se sabe, a partir de cierta hora.